

A woman with dark hair, wearing a light pink, off-the-shoulder, ruffled dress, is shown from the chest up. She is resting her chin on her hand. The background is a lush garden with green foliage and red flowers. The title text is overlaid on the image.

EL OLVIDADO
AMANTE DE
MADEMOISELLE
MARLENE



SANDRA BREE



MINSTREL VALLEY

La apasionante historia de Marlene Mignon

Marlene, hija de los barones de Albret, está preparándose para convertirse en la madre del futuro rey de Francia. Al menos sus padres pretenden eso. Ella acepta su destino porque es el deber de una hija, sin embargo, el azar quiere que conozca a Jean Philippe Bizet, un hombre de ojos verdes y sonrisa canalla que roba su corazón.

Los barones de Albret no están dispuestos a que todos sus planes se vengán abajo por culpa de este hombre, y la solución más fácil es quitarle de en medio con métodos poco lícitos. Pero a la larga, eso les perjudica, pues Marlene huye de Francia y de todo lo que conoce, para acabar viviendo en un pequeño pueblo inglés, llamado Minstrel Valley.

Jean Philippe Bizet es un hueso duro de roer. Le han intentado asesinar en varias ocasiones, pero en vez de eso, la última vez aparece flotando en alta mar con una profunda amnesia. Una embarcación le rescata y después de un tiempo, el destino le lleva a tratar con una dama que dice conocerle. Ella se hace llamar *mademoiselle* Marlene Mignon. Una enigmática parisina de ojos dorados que se ofrece gustosa a ayudarle, aunque la vida de ambos se vea amenazada peligrosamente.

Índice de contenido

Cubierta

El olvidado amante de mademoiselle Marlene

Introducción a Minstrel Valley

Dedicatoria

Primera parte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Segunda parte

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde *Selecta* os invitamos a adentraros en *Minstrel Valley* y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

Para Marlene, una mujer de apariencia fuerte y de alma delicada.

Qué bonito sería que la vida fuera como una novela romántica: por mucho que se sufra en el tiempo, se consigue esa felicidad que todo el mundo se merece.

Primera parte

Francia, 1817

Marlene levantó los ojos del libro de latín en el momento en que su hermana pequeña asomó su cabeza de rizados oscuros por el hueco de la puerta.

Lorraine, con diez años, todavía podía liberarse de la tediosa asignatura de Latín. En cambio ella, con cuatro más, tenía la obligación de estudiarlo. Eso no significaba que lo hiciesen todas las muchachas de su edad. Marlene, según decía su padre, era una privilegiada. La suerte estaba de su lado porque el rey de Francia, Luis XVIII, y muy amigo de él, aún no tenía hijos y esperaba que muy pronto llegase el ansiado varón. Claude Poulenc ambicionaba convertir de algún modo a Marlene en la futura reina de Francia. De ahí la importancia de que estudiara Latín y lo asimilase. Y si no lograba desposarla porque no hubiese heredero, ya que el rey tenía sesenta y dos años, la línea sucesora iba a pasar a su hermano Carlos y a su mujer. Ellos ya tenían dos hijos, pero el que de verdad le interesaba era Louis Antoine Candau, duque de Allamand y conde de Fayolle. El hombre en cuestión estaba casado, pero tampoco tenía heredero. Por lo que seguiría quedándole una oportunidad para pertenecer a los Borbones y darle descendientes.

Marlene, con catorce años, ni siquiera se preocupaba de las tramas de su padre Claude, barón de Albret, y el rey.

Ella aún continuaba en edad de jugar y compartir travesuras con Lorraine, a quien adoraba. Ambas eran uña y carne. Y esa unión era mucho más fuerte en el momento en que se dieron cuenta de que ninguna podía contar con su progenitor. Ni siquiera con su madre Cornelia. Ambos siempre estaban demasiados ocupados para atenderlas, partiendo de un lado a otro en viajes, reuniones, veladas y un sinfín de actos. Era más fácil localizarlos en el palacio de Tullerías, que en su propia morada.

—¿Le ocurre algo, *mademoiselle* Marlene?

Ella volvió sus ojos de color ambarino hacia su institutriz. Amelia se había detenido frente a la ventana y la miraba con el ceño fruncido. Era una mujer esbelta e incluso bonita a pesar de su aspecto sobrio.

Marlene negó con la cabeza:

—Lo siento mucho, *mademoiselle*, me he despistado. ¿Podemos terminar ya?

—Por supuesto que no —respondió recelosa—. No aparte los ojos del libro. —Alzó la voz—. Y si *mademoiselle* Lorraine, por un casual, estuviese escondida en el pasillo, le pediría por favor, que se fuese a jugar a otro lado.

—Ella no está aquí —mintió.

—¿Ah, no?

Amelia, con las manos entrelazadas en la espalda, avanzó despacio hacia la imponente puerta que aislaba el estudio del corredor, con la intención de pescar con las manos en la masa a Lorraine. Sin embargo, se había ocultado y no había rastro de ella.

Marlene sonrió satisfecha y clavó con firmeza los ojos en el libro, aunque ya no pudo concentrarse en nada más. Las letras parecían bailar en una danza imaginaria.

—¿Y ahora qué es lo que ocurre, *mademoiselle*? —insistió Amelia.

Marlene sacudió la cabeza. Si mentía y decía que se encontraba enferma, su querida nana, Babette, de seguro la

metía en la cama y no le permitiría levantarse en todo el día. Y lo peor es que prohibiría a Lorraine que la visitase.

—Nada, *mademoiselle* Amelia. Es simplemente que hallo el latín un tanto aburrido. —Se encontraba harta de estudiar, sostenía una pose poco femenina, con los codos apoyados sobre la mesa rectangular, el cabello oscuro revuelto sobre sus hombros y unos rizos rebeldes cayendo sobre la frente lisa.

—Su padre ha insistido mucho en que aprenda esta materia. Debe saber que el conocimiento nunca ocupa lugar en nuestra cabeza, y es muy importante que todo el mundo pueda intuir lo inteligente que es usted.

Frunció los labios con disgusto.

—Madre dice que de una reina solo se espera que sea bella y graciosa.

—Pero usted no aspira a ser así, ¿verdad? —Marlene negó con la cabeza—. No es ninguna bobalicona, y nadie quiere que su reina lo sea y se mofen de ella.

La joven cerró el libro con fuerza y soltó una pequeña exhalación:

—¿Y si no quiero ser reina?

Amelia se llevó la mano al recatado escote de su vestido en un acto nervioso.

—Son cosas de sus padres. Ellos siempre pretenden lo mejor para sus hijos.

Marlene se mordió el labio inferior. No deseaba pertenecer a la realeza y ser el centro de atención. Además, no todos querían a los Borbones en Francia, y Luis XVIII había regresado años antes del exilio causando un gran revuelo. Justo cuando cayó Napoleón Bonaparte.

—Supongo que tiene razón, pero yo no entiendo mucho de temas políticos ni monárquicos. No me veo dirigiendo un pueblo.

—Un pueblo no, *mademoiselle*, un país —la corrigió.

Marlene era muy niña y seguía teniendo sueños de niña. A su hermana le había confesado que cuando fuese mayor

quería enamorarse de un buen hombre, tener hijos y cuidar de un jardín tan bonito que todo el mundo se detuviese para admirarlo. Imaginaba tener los más hermosos rosales del mundo.

—¿Puedo retirarme ya? Quisiera descansar.

—A mí también me gustaría descansar, *mademoiselle*, pero el caso es que su padre me paga por enseñar y aún — miró el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea — falta media hora para concluir las clases.

Amelia se acomodó en la butaca de madera oscura que solía ocupar y sus ojos grises se hundieron en el libro que sostenía entre sus delgadas y huesudas manos.

—¿Y no podemos hacer otra cosa que no sea Latín? — insistió, hastiada.

—*Mademoiselle* Marlene —le advirtió con voz fría in-crustándole una mirada bastante altiva—, ¿prefiere que hable con el barón al respecto?

Sacudió la cabeza. No podía permitir que sus progenitores se enojaran con ella.

—No, *mademoiselle*.

—Entonces prosigamos.

A Marlene no le gustaba esa sala. Era fría y poco acogedora. Olía a rancio y, cuando estaban en completo silencio, podía escuchar como las paredes respiraban.

La siguiente media hora fue una de las más largas de su vida. Pero por fin la institutriz dio por finalizada su clase. Después de comer aún tenía danza y más tarde música; estaba aprendiendo a tocar el piano, cosa que no la entusiasmaba mucho.

La mansión de los Albret, construida cien años atrás, poseía varios pisos con multitud de habitaciones frías y desnudas que no usaban para nada. En el exterior había una arboleda, estanque para peces, retorcidos senderos de tierra que invitaban a pasear en los calurosos días de verano cuando el sol los bañaba con sus últimos rayos.

Con una sonrisa en los labios salió en busca de su hermana pequeña. Atravesó el corredor con prisa y al doblar la esquina para alcanzar las escaleras no pudo evitar chocar con una persona que había en mitad de su camino. Del impulso fue lanzada hacia atrás y aterrizó con las posaderas en el suelo y un revuelo de faldas. Parpadeó confundida.

—Jean Philippe, ¿qué ha pasado?

Un hombre robusto de pelo oscuro anduvo hacia ella y la ayudó a levantarse. Marlene alzó los ojos hasta el joven con el que se había chocado. Descubrió que era un muchacho un poco más mayor que ella, y que sus ojos, de un tono verde musgo, sonreían divertidos.

—Lo siento, padre, no la vi venir. Ella se echó sobre mí y no me dio tiempo de reaccionar.

El hombre mayor frunció el ceño.

—¿Es eso cierto, *mademoiselle*?

La muchacha, ruborizada, asintió. Se había quedado sin palabras. No había en el mundo mozo más guapo que aquel. Era alto, delgado, rostro anguloso, mentón patricio, nariz recta; y luego estaban sus ojos verdes, chispeantes, y el cabello castaño claro de gruesos mechones alborotados que rodeaban su cara.

—Venía con prisa y me temo que tampoco... lo vi. — Marlene dedicó a los varones una graciosa reverencia sujetándose el vuelo de la falda.

—¿Y usted quién es? —preguntó el hombre más mayor, estudiándola con fijeza. Debía tener la edad de su padre.

—Mi nombre es Marlene Poulenc, hija del barón de Albret.

—Yo soy el *baronet* Allan Bizet. Y mi hijo se llama Jean Philippe.

Ella pasó la mirada de uno al otro para quedarse enganchada en el más joven. Se le hacía muy difícil apartar los ojos de él.

—¿Han venido a ver a mi padre?

—Siempre y cuando no tarde mucho en recibirnos —contestó Jean Philippe con sarcasmo. Sus ojos se habían vuelto serios de repente. Era evidente que el barón no era de su agrado.

—¡Jean Philippe! —lo riñó su padre llamándole la atención.

El más joven suspiró y enlazó las manos tras la espalda.

Marlene trató de excusar al barón, aunque sabía de sobra que no lo merecía. Era del dominio público que a lo largo de su vida se había ganado muchos enemigos —y continuaba haciéndolo.

—Mi padre es un hombre muy ocupado.

—No lo dudamos —se apresuró a decir Allan—. Debe disculpar a mi hijo, a veces es bastante vehemente.

El más joven arqueó las cejas con burla, pero se abstuvo de comentar nada.

—¿Puedo hacer que les sirvan algo mientras esperan? —Señaló los divanes apostados en el vestíbulo que accedía a las escaleras. Si Jean Philippe no le hubiese causado tanta curiosidad, se habría escabullido de allí antes de que su padre la descubriese e inventase nuevas tareas para ella, pues no soportaba verla ociosa.

—¿Marlene? ¿Marlene estás aquí? —Un susurro apagado e infantil voló por las escaleras.

Iba a contestar a Lorraine cuando en ese momento sintió ruidos dentro del despacho de su padre. Miró a los hombres con un gesto de disculpa.

—Debo marcharme, ha sido un placer conocerles. —Les volvió a regalar otra corta reverencia, esta vez una más apresurada que la anterior, y desapareció escaleras abajo. En el camino se encontró con su hermana, a quien agarró de la mano y la obligó a terminar de bajar.

—¿Con quién hablabas? —susurró Lorraine.

—¡Con el chico más guapo del mundo! —respondió Marlene con las mejillas sonrosadas y el corazón latiendo

en su pecho con fuerza. Seguía fascinada con el color de ojos de Jean Philippe.

—¿Esta muchacha es la que dicen que podría llegar a ser reina? —Escucharon que comentaban los hombres de arriba.

Marlene sintió un pequeño tironcito en su pecho. No sabía que los planes de su padre eran del dominio de todo el mundo.

Capítulo 1

Tres años después

El momento de que Marlene estuviese lista para acudir a su primer baile se acercaba. Sin embargo, en primavera una gran desgracia golpeó en el hogar del barón. Todo ocurrió durante una comida en la que se reunieron los cuatro en torno a la mesa. Los barones y sus hijas.

Había estado lloviendo durante todo el día y todavía continuaba haciendo frío. En el comedor las brasas de la chimenea parpadeaban. Las paredes estaban forradas de papel pintado en azul y las telas de los tapizados y cortinas tenían motivos florales dentro de la gama de los tonos azules. Cornelia, para la decoración, era muy ostentosa y tendía a recargar las salas con adornos inútiles y sin gusto. No prestaba atención al marco de los cuadros —si había dos iguales era solo casualidad—, e incluso podía haber tres relojes en una misma habitación.

En el comedor, la mesa grande ocupaba el centro y estaba vestida con un mantel dorado a juego con la vajilla, que tenía todos los bordes en oro.

Como de costumbre, Claude empezó a presumir de las cosas que haría y tendría cuando Marlene subiera al trono, o como poco, viviese con los Borbones. Las jóvenes llevaban años escuchando lo mismo y ambas estaban agotadas de ello. En primer lugar porque Marlene no quería hacerlo.